

# DISCURSO INAUGURAL

---

SEÑORAS Y SEÑORES:

Nuestra secular Academia trabaja sin descanso para esclarecer su historia y para justificar la protección que le dispensan los centros oficiales desde hace algún tiempo. Pero trabaja ordinariamente sin exteriorizar sus asíduas tareas, y para muchos sólo es un cuerpo consultivo en determinadas circunstancias. Para demostrar su actividad y hacer conocer, a el que se interese por nuestra labor cotidiana, y no se limite a hojear nuestro BOLETÍN o tener noticia lejana de nuestros actos, los señores Académicos, mis queridos compañeros, y por iniciativa de don Manuel Camacho Padilla, han tenido la idea de dedicar una semana cada curso a hacer públicos nuestros trabajos, dándolos a conocer de una manera sumaria y como una recapitulación final de lo hecho en el transcurso de los meses dedicados a su mayor actividad.

Durante algún tiempo, la Academia ha dirigido, en atención a fomentar su biblioteca, con preferencia a todo lo que se refiere a Córdoba y a escritores cordobeses; sin duda que todavía nos falta algo por hacer en este sentido, pero con lo ya conseguido nos esforzamos en acrecentar datos para la historia de nuestra querida ciudad, tan interesante en todos sus aspectos, y en donde no nos guía una curiosidad juvenil, sino donde se puedan investigar y hallar datos interesantes para las letras, la filosofía y hasta para el gobierno de la sociedad humana.

Con miras a este fin se ha pensado en la semana que se inaugura hoy, y por eso la llamamos «Semana Cordobesa». Los asuntos que han de tratarse en ella se refieren sólo a Córdoba, y pensamos que en años sucesivos se siga laborando en esta vía, con todos los medios que estén a nuestro alcance, y con todo el ardor de que pueden disponer los elementos jóvenes que actúan, con los que ya disponemos sólo de una buena voluntad.

Con lo dicho he cumplido mi cometido; he dado cuenta de la razón y el objeto de esta «Semana Cordobesa», sus aspiraciones modestas, todas dirigidas y dedicadas a nuestra querida ciudad; pero os ruego me dis-

solicitadas o por ignorancia o por conocimiento débil, no acuden con su ayuda a nuestro llamamiento.

Quiero también indicar que de aceptarse este proyecto debía fijarse la celebración de esta «Semana Cordobesa» en la primera quincena del mes de Mayo, y podría servir para que con ella diésemos por terminada nuestra labor del curso, y así, con dos fiestas solemnes, podríamos limitar nuestro período de trabajo colectivo.

Y en el deseo de contribuir a que esta fiesta tuviera lugar este mismo año, me permito adelantar el siguiente programa, que pudiera tener lugar en Mayo de 1933:

«Colón en Córdoba», José de la Torre.

«La escultura en Córdoba», Rafael Castejón.

«Literatura cordobesa», J. M. Camacho.

«El arte en la platería», J. M. Rey.

«Prehistoria cordobesa», Antonio Carbonell.

«El arte del Renacimiento en Córdoba», Vicente Orti.

La Academia acordó invitar a dichos señores para que contribuyan al desarrollo de esta «Semana Cordobesa».

En la sesión celebrada en 25 de Marzo de 1933, se acordó definitivamente este programa:

Mayo, lunes 1.—Don José Amo Serrano, Director, «Discurso inaugural».

Don José de la Torre y del Cerro, «Cordobeses que intervinieron en el descubrimiento, conquista y colonización del Perú». Lectura de poesías cordobesas.

Martes 2.—Don José M. Camacho Padilla, «Literatura Cordobesa». Lectura de poesías cordobesas.

Miércoles 3.—Don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, «La escultura en Córdoba». Lectura de poesías cordobesas.

Jueves 4.—Don José Priego López, «Un poeta en la sombra».

Viernes 5.—Don José Salas Vacas, «Obra póstuma de Solano de Luque y la crisis en Medicina». Don Angel de Torres e Illescas, «Una tradición cordobesa».

Sábado 6.—Don Pascual de Santacruz, «Ideas sociales de Séneca». Don Benigno Iñiguez González, «El Poeta Pedro de Lara». Clausura de la «Semana».



penséis que, aprovechando esta ocasión, explane mis sentimientos sobre el pasado y presente de Córdoba, y hasta me atreva a hacer un paralelo entre los tiempos que por mí mismo he podido observar, no sin conceder de antemano que en todas las cosas humanas hay varios aspectos, y que según sean mirados éstos, nos impresionan y nos conmueven. La razón y el interés absoluto existe para muy pocas cosas.

Nuestra época es de agitación y de lucha; aunque siempre la humanidad ha presentado el triste, aunque grandioso espectáculo de las guerras y el incesante batallar con que los pueblos y los individuos se ocupan, tal vez en nación alguna hayan llegado estos disturbios a la proporción aterradora con que se sufre al presente. Por eso no es de extrañar que espíritus cansados de presenejar esta contraposición de ideas, de opiniones y de intereses, vuelvan la vista al pasado y recuerden con amor las dulzuras de una ciudad tranquila y apacible como lo ha sido Córdoba en tiempo todavía no muy lejano.

En esta ojeada retrospectiva no me propongo bosquejar la Córdoba romana, con sus monumentos suntuosos y la gloria de sus guerreros, frente al heroísmo de los primitivos pueblos hispanos. No voy a recordar ese período casi ignorado en que los visigodos sostuvieron tantas luchas religiosas y políticas; tampoco me hallo con fuerzas, por otra parte harto lo sabéis, para pintar la fastuosa corte de los Califas, ni esas persecuciones con los cristianos, que produjeron tantos mártires gloriosos. Mis observaciones han de referirse a una época más cercana a nosotros, a la Córdoba que vemos agonizar, y de la que tenemos recientes recuerdos todavía en sus antiguas calles, y su ambiente melancólico y lleno de poesía.

Todavía, y esto durará siempre, tenemos el espectáculo grandioso, cuyas emociones serán eternamente el encanto de las almas elevadas, la contemplación de conjunto de este valle maravilloso y sin rival. Subid a las cumbres de nuestra sierra, y ora asistais a una salida de sol, cuando la luz empieza a alegrar el horizonte, o ya cuando el ocaso va borrando las alegrías del día y los incendios del poniente con sus tintas calientes nos extasían y arrebatan, examinad el panorama que se desarrolla a nuestra vista, y mirad a nuestra ciudad entre ondulante verdor evocando los recuerdos que atesora en su seno. Con razón se lamentaba cierto personaje árabe, cuando fué expulsado de Córdoba, al llegar a las alturas de los Visos, y perder para siempre las delicias de que había gozado.

No me detendré, ya otros lo han hecho con buena fortuna, en describir las alegres huertas de la sierra, pero antes de abandonar estos lugares deliciosos, ya empezamos a experimentar algo de las tristezas comparativas que son el objeto de estos apuntes. A los espesos montes y

apretados pinares donde se albergaba tanta caza, han sucedido desiertos eriales y rocas peladas donde la codicia de los hombres ha devastado sin piedad antiguos y hasta seculares árboles. Pero acerquémonos a nuestra ciudad y recreémonos un poco en sus alrededores encantados; los barrios del lado oriental, sitios históricos y de múltiples recuerdos van cada día perdiendo su importancia; el Betis resbala tranquilamente entre hueras y cañaverales; los templos de estos lugares son cada día más olvidados, algunos ya casi completamente destruidos, y la vida se extiende más por el lado occidental, siguiendo el camino que le traza las necesidades de la época. Por donde quiera que dirijais vuestros paseos hallareis recuerdos, ya históricos, ya religiosos que recrearán vuestra mente, bien con los hechos gloriosos de nuestros antepasados, o con las obras del arte y del entendimiento. Nombrar todos los sitios interesantes de los alrededores de Córdoba, hacer una indicación de los santuarios y lugares donde nuestros padres y antepasados tenían sus recreos y sus dichas completas, sería demasiado prolijo y seguramente fuera de propósito aquí.

Penetremos al fin dentro del recinto de la ciudad; los que se interesan solo por el adelanto material de una población, seguramente se impresionaron favorablemente al contemplar nuestras calles modernas, tiradas a cordel, con edificios altos y con el ruido y el movimiento que trae consigo el batallar incesante que caracteriza la moderna lucha por la vida. Esto seguramente satisface por completo los gustos de muchos, pero yo ante este movimiento y este cuadro de agitación, me complazco en traer a mi memoria la Córdoba de otros tiempos, con sus calles silenciosas y estrechas, y en los que todavía quedan algunos ejemplos. En la época a que me refero el transeunte marchaba protegido de los ardores del sol entre vías estrechas y tortuosas percibiendo el aire fresco y embalsamado que salía de los patios entoldados. El silencio permitía oír nuestras pisadas o las de algún caballo digno heredero de célebres antepasados que con sus aires voluptuosos y llenos de gracia pisaba por el empedrado. En las muchas y poéticas callejitas, que cada una parecía una casa de vecindad alegre alegre y tranquila, crecían en el suelo plantas típicas de estos lugares, y donde los niños jugaban alegremente con una cabrita blanca. Ahora ¡qué diferente cuadro! el silencio ha sido reemplazado por las bocinas ensordecedoras de los vehículos modernos; los olores de jazmines y nardos que exhalaban los patios, por las molestias emanaciones de la gasolina, y en cada instante tiene el transeunte la vida en peligro, por lo que hay que marchar con mil cuidados para defenderla.

Estas calles típicamente cordobesas, tienen para sus buenos y antiguos

habitantes un encanto singular; el que sepa sentir las y comprenderlas, el observador que no sea superficial o vulgar, no dejará de hallar un cierto sentimiento de bienestar y de sosiego, y cuando se consideren en conjunto con sus casas bajas y bañadas de sol, dotadas de múltiples y pequeñas ventanas, rodeando su antigua mezquita, hacen la impresión de una familia modesta, que guarda con orgullo una antigua imagen o alhaja de familia, y que enseña con orgullo y satisfacción.

Detengámonos un momento ante el atractivo de nuestras casas antiguas; su amplitud permitía buscar un sitio agradable y adecuado para cada estación, y siempre se tenía a la vista un recreo saludable, gozando las delicias de un patio. Muchas personas no se detienen a pensar lo que vale un patio; un viajero italiano ha pintado, de mano maestra, sus encantos. En esta mezcla de jardín, de sala y de taller doméstico, la familia reunida trabaja cómodamente; los niños juegan y alegran el lugar, y la fuente y las plantas que lo embellecen recrean nuestros sentidos más nobles.

Hagamos una comparación con nuestras casas modernas; encajonadas en un estrecho piso se acumulan multitud de familias, que no disponen apenas del espacio necesario para moverse. Reciben una luz insuficiente cuando les permite el tiempo abrir los claros de que disponen; los ruidos de los pisos inmediatos; los motores y talleres vecinos impiden muchas veces el necesario descanso, y desde todos los puntos llegan a nuestro olfato los olores nada poéticos de ciertas prosaicas oficinas. Reflexionen bien todos los que nos quieren ofuscar con reglas de higiene, que yo me atrevo calificar de mal entendidos en ocasiones, ante el cuadro real y el contraste que puede observarse entre la Córdoba actual y la de nuestros antepasados, y si hacemos extensivos estos pormenores a las relaciones sociales, recordad, siquiera sea someramente, los múltiples establecimientos benéficos que existían antes, y que ahora agonizan o están destruidos, sostenidos solamente por la caridad y la filantropía de los cordobeses.

A los que califican de atrasada nuestra población de hace siglos, me permito recordarles que dentro de ese recinto oscuro y melancólico han vivido Gongora, Céspedes, Antonio del Castillo, Valdés Leal, el Duque de Rivas, Muñoz Capilla y tantos otros que pudiera citar, y que hasta en las armas, como Diego León, han puesto muy alto el nombre de nuestra amadísima ciudad. Ahora, y en la época reciente de nuestra febril actividad, ignoro si hay hombres de la altura de los citados, para consolarnos de la lejana ausencia.

No olvidéis tampoco, señores, el lado industrial y comercial de Córdoba, el que hoy tanta importancia se atribuye. Antes, es cierto que no

existían ferrocarriles, ni industrias metalúrgicas, ni algunas otras derivadas de las necesidades actuales, pero actuaban con intenso movimiento la industria de la seda, la platería, con sus artífices célebres, los cueros, los tejidos y otras muchas que ocupaban infinidad de familias enteras, en número considerable, si se atiende a la población de entonces.

No desconozco que cuanto acabo de decir tiene sólo un aspecto, que es el de mis impresiones íntimas, y que es susceptible de muchas y serias advertencias; más argumentos sólo serán valederos para aquellos que viven la vida del espíritu solamente, y tienen en su mente y en su corazón la Córdoba que yo echo de menos, con sus leyendas poéticas y sus recuerdos interesantes e imperecederos; pero después de lo dicho tan sumariamente puede establecerse una cuestión que quizá interese a todos. ¿Los habitantes actuales de Córdoba viven mejor y más felices que nuestros antepasados? Difícil será responder cumplidamente a esta pregunta. La persecución de la dicha es seguramente el fin y objeto de todos los actos del hombre; se ha reconocido por todos los psicólogos y pensadores más notables, que la felicidad no viene del exterior; es cosa subjetiva que solo puede tener origen en las sanas prácticas de la moral y del bien, ni el dinero, ni los placeres fugaces, que están al borde del vicio, proporcionan otra cosa que cuidados, decepciones y si acaso desengaños saludables. *Mi pequeño cuerpo está cansado áe este mundo.* «Se que lo que a todos nos falta es la paz interior» ha dicho un escritor célebre; pues bien si se miden y contrapesan todas estas razones, no creo fácil en la Córdoba actual hallar el reposo y la dicha; las agitaciones crecientes a que estamos sometidos; las luchas enconadas y la malquerencia de los hombres aumentando sin cesar, hacen volver la vista a nuestras casas tranquilas y apacibles, con sus patios, sus huertos y su ambiente embriagador.

He dicho.

JOSÉ AMO.

